

# Una Casa Cuba sin cuartos para sirvientes

Ensayo de reivindicación de lo posible:  
viabilidad y necesidad del protagonismo solidario  
en Cuba a partir del análisis de la eticidad  
popular frente a los escenarios de reformas

Por DMITRI PRIETO SAMSÓNOV

## Casa Cuba: la transgresora versatilidad de una metáfora

La metáfora Casa Cuba es, además de cordial, notablemente versátil. Resulta interesante explorar esa versatilidad, justo desde el punto donde converge un proceso de revolución y un proceso de reconciliación.

Nuestra metáfora no sólo remite a la espiritualidad, sino también a la arquitectura (belleza, proporciones...), la ingeniería (¿cómo reconstruir una casa si no sabemos cuáles son las paredes de carga?) y la geometría (la topología de los espacios abiertos y cerrados, del adentro y el afuera; la apertura y el cierre como núcleos de la idea misma del orden geométrico o del caos). Pero sobre todo a la política: ya Aristóteles confrontaba el gobierno de una casa con el de una ciudad; los romanos introdujeron el término "*dominium*", del que deriva "dominación", a partir de una raíz aria que significa precisamente "casa" (como en ruso: "*dom*")... Y es aquí donde radica el potencial transgresor de la metáfora Casa Cuba: dada la intención de su autor y demás promotores, NO SE TRATA de reproducir en nuestra República una "casa" que –como en cierto momento del Imperio Romano– fuese un paradigma de dominación; sino todo lo contrario. La metáfora la usamos como ejemplo inspirador de lo que podría ser en la sociedad cubana el poder de la cordialidad horizontal: de las relaciones *exentas* de dominación. O sea, en un sentido inverso al de Aristóteles y al de los emperadores de Roma, quienes vivían en sociedades donde las casas centradas en el *Pater Familias* eran núcleos de un sistema asimétrico: patriarcal y esclavista. Por cierto, igual que las casas señoriales de la Cuba colonial...

Nosotros, al contrario, buscamos en la metáfora de casa u hogar familiar un potencial para la emancipación y la reconciliación entre cubanos y cubanas. Para el "ejercicio íntegro de sí y respeto, como en honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás".

## Lo que no publicaban en *Sputnik*

En aquellos lejanos años 80, llenos de esperanzas para tantos de nosotros, la popular revista soviética *Sputnik* nos

traía impresionantes noticias de grandes transformaciones en un país que fue el primero en autodefinirse socialista. Todo ello era (y aún es) muy controvertido, hasta el punto de que la revista dejó de venderse en Cuba, pero sospecho (y casi puedo asegurarlo) que incluso *Sputnik* jamás reprodujo en sus páginas los reportajes sobre el movimiento *Liúber*, tema que en la segunda mitad de aquella década fue un *hit* de la prensa que se leía en el interior de la Unión de Repúblicas Socialista Soviéticas (URSS).

Moscú está rodeada de pueblos obreros, donde se encuentran algunos de los grandes núcleos manufactureros rusos, como mismo ocurre en las periferias urbanas y suburbios de otros países industrializados. Las capitales (sobre todo sus barrios centrales) se tornan sedes de las grandes gerencias, de toda suerte de instituciones técnicas y estructuras políticas, agrupando así a los grandes decisores del sistema. Las "movidas" mega-urbanas –y la capital soviética no era excepción– son más abiertas a los flujos culturales internacionales y a las identidades múltiples.

A mediados de los 80, las ciudades soviéticas eran heredero de los llamados "movimientos juveniles informales": toda suerte de fans del fútbol, hippies, punks, seguidores del *heavy metal* o del *break dance*, cuyo aspecto mismo denotaba su militancia cultural. Y entonces, surgieron los *liuberá*.

Llamados así por Liúbertsy, un pueblo periférico a unos kilómetros de Moscú, donde nació el movimiento, los *liuberá* eran básicamente muchachos que hacían ejercicios físicos durante los años que anteceden al servicio militar (que en la URSS no sólo era obligatorio -dos años-, sino también duro). Se concebían a sí mismos como partidarios de un modo de vida sano, como hijos de obreros, por contraposición a los sectores "enfermos" o elitistas de la sociedad, categorías que incluían a los otros movimientos informales considerados "agresivos". Y por eso la preparación de cualquier *liúber* no sólo incluía fisiculturismo, sino también técnicas de combate: el propósito moral era nada menos que limpiar la capital soviética de elementos indeseables (indisciplinados sociales, subculturas "agresivas", grupos neonazis incipientes, fanáticos deportivos, pero también homosexuales, roqueros, etc.). La militancia de los *liuberá* se basaba en valores de masculinidad, amistad y patriotismo, pero su

realidad fue controversial: se habla de peleas que involucraron a miles de muchachos de cada bando por el control de los principales parques de Moscú, peleas en que el bando de los *liuberá* representaba a los “buenos muchachos” a causa de su ascendencia obrera, pero al mismo tiempo eran vistos como elementos intrusos ya que no vivían en la capital misma ni parecían entender lo que significa el respeto a la diversidad. Tal respeto se volvía un principio cada vez más popular –sobre todo entre las élites intelectuales y los segmentos políticamente contestatarios- mientras parecían imponerse en Rusia las libertades democráticas y las correspondientes normas de convivencia. En medio de los debates de la época de la perestroika, el tema del conflicto de los *liuberá* con otros jóvenes se volvió también popular, hasta que en 1990 sorpresivamente el movimiento desapareció... No fue que los chicos periféricos dejaran de hacer sus ejercicios y entrenamientos; nada de eso. Sólo que ocurrió un cambio político y otro –aún más profundo- económico. La red *liuberá* quedó a merced de ellos. Algunos muchachos rezagados vagaron un par de años por Moscú portando sellitos de Lenin; pero los más se pusieron a disposición del Grupo Criminal Organizado de Liúbertsy. Fueron su carne de cañón. Una parte pereció en los combates entre las mafias que marcaron la Rusia de los “duros años 90”. Otros lograron reinsertarse y son ahora negociantes, profesionales, obreros. Ese vínculo con los elementos criminales, y sobre todo la incapacidad de formular frente a los cambios alternativas barriales, independientes de la política de Estado, descalificó al ya controversial movimiento.

Me impresionó que uno de los roqueros famosos de Rusia, que vivía en la misma ciudad de Liúbertsy y teóricamente debió haber sido un blanco de las “limpiezas” de los *liuberá*, cuenta hoy, más de 20 años después, que por ser “del mismo barrio” que ellos jamás resultó agredido. Más bien prevalecía la cordialidad del terruño, de haber compartido infancias de pueblo y tener padres que trabajaban en las fábricas, por sobre las afiliaciones a las subculturas juveniles.

### Cerro Cerrá o vs. Habana Abierta

¿Qué tiene todo esto que ver con Cuba? A esto responderé con otra pregunta: ¿por qué en los tremendamente difíciles años 90 nacieron proyectos musicales tan fascinantes como Habana Abierta, además de ser la época en que emergió el rap cubano y su festival, coordinado por GrupoUno, o el hoy famoso Festival Rotilla, o sencillamente vivieron su pico de popularidad trovadores “duros” como Carlos Varela y Santiago Feliú, mientras la primera década del XXI nos depara un dominio casi total del reggaetón? ¿Qué deseo, qué pulsiones expresa la consigna de “Cerro Cerrá o”, tan contraria a la idea de una “Habana Abierta”? ¿Acaso no hubo penurias en los ‘90? ¿Nadie recuerda el agua con azúcar, el picadillo de cáscara de plátano, los apagones, el *boom* del jineterismo, el *shock* de las nuevas relaciones mercantiles abalanzándose sobre la tradicional solidaridad, cordial

y revolucionaria, de quienes vivimos en la Isla? ¿Acaso la situación económica no ha cambiado favorablemente? Pero, ¿y la situación moral? ¿O es una nueva generación la que está fijando las pautas? En definitiva, ¿alguien entiende lo que para los jóvenes significa que un barrio esté “cerrao”?

Quizás baste oír la letra del referido reggaetón de Insurrekto (me refiero a Cerro Cerrá o), para contestar esta última pregunta. Tendencialmente, el imaginario de nuestras juventudes “periféricas” va tomando ciertos parecidos con el de los ya mencionados *liuberá* rusos. Sólo que aquí la actitud prevaleciente es “cerrar” el barrio propio, y no la potencialmente incierta empresa de “limpiar” la megalópolis toda de “elementos indeseables”. Aunque, por cierto... ¿nadie recuerda lo que se gritó por La Habana nuestra cuando Industriales ganó la Serie Nacional? ¿A alguien le suena la palabra “palestino”? ¿Recuerdan esas muchedumbres que recorrían los barrios habaneros gritando improprios contra los “orientales”?

No tengo vivencias recientes de otras regiones del país; pero lo que sucede en los barrios de la capital denota una paulatina, pero persistente erosión de la tan famosa “solidaridad” que (se asume) caracteriza a los cubanos. Una Habana de cordialidad, donde la gente sólo quiere “un cachito pa´ vivir”, donde se niega rotundamente la regulación por vía del autoritarismo, pero tampoco se apuesta por una estrategia de “sálvese quien pueda”, ha ido disipándose, al menos en un grupo significativo de barrios y sectores sociales. Basta con subir a un ómnibus o con observar cómo se trata a los extranjeros. Incluso, muchos logros relativamente recientes (de las décadas del 70 y 80) en materia del respeto entre los géneros se han ido perdiendo: consideremos el habitual tratamiento callejero de “mami”, hoy simétricamente complementado por el de “papi” entre los muchachos mismos.

Décadas de mal “marxismo” “soviético” –bautizado por más de un amigo como “marxismo de palo”- han propiciado un sentido común que pretende explicar los cambios de la eticidad a partir de carencias económicas. Recuerdo cuando, al asumir un estudio promovido por el Buró Político en torno a las causas y condiciones de la corrupción en Cuba, los integrantes (y me incluyo) de nuestro equipo de investigación nos propusimos explicar la erosión de la legalidad a partir del deterioro de la situación económica durante los años 90... y entonces nuestra directora nos interpelló con un argumento crítico que para todos fue una sorpresa: en los años 50, dentro de los barrios pobres y periféricos de La Habana, era común colgar la ropa para secarla al sol en espacios fácilmente accesibles desde la calle... en un entorno de penuria también solía habitar la honestidad, las casas no tenían rejas, los robos eran excepcionales y universalmente condenados. Este ejemplo muestra que las condiciones económicas no producen mecánicamente los valores.

Más recientemente y en la misma clave, otro notable colega llamaba la atención sobre el hecho antropológico de la desaparición del fiado. Antaño, era normal que los vende-

dores de bienes y servicios al público (bodegueros, cantineros, incluso médicos con consultas privadas) fiaran o dieran crédito a sus clientes hijos. Cuando renació el “cuentapropismo” en los años 90, toda forma de fiado resultó marginada y nunca más emergió (hasta el momento, al menos).

Adicionalmente, una actitud de apropiación rapaz, y su complementaria, la contaminación de lo que no es “mío”, prueba la erosión de las fronteras entre lo privado y lo público. ¿Quién no recuerda aquella consigna pro consumo de productos nacionales: “Lo mío primero”, tan frecuente hace unos años?

Entonces, ¿se enseñan los valores? La respuesta parece obvia, pero no aporta mucho. Todo parece indicar que estamos afrontando una profunda crisis sistémica, y no es posible resolver el problema atacando los síntomas. Mucho –demasiado– del debate actual parece ignorar que la ética opera como parte de un sistema de relaciones, prácticas y vivencias sociales que ha ido cambiando; han cambiado los proyectos de vida de la gente, hay propuestas a nivel “macro-social”, pero ¿cuán fieles son éstas al modo de vivir cotidiano dentro de Cuba? La incertidumbre del día a día, ¿acaso se resolverá con más incertidumbre frente al cambio? ¿Cómo reducir la complejidad de las decisiones cotidianas? ¿No generaremos más crisis que la que ya tenemos si no tomamos en cuenta las “agendas políticas personales”<sup>1</sup> de cada cubana y cubano, a todos los plazos posibles?

Esta incertidumbre vivencial, ética, estética y cotidianamente política siempre hay quien la puede achacar a la cultura del reggaetón y la “pérdida de valores”... Pero es que el reggaetón no se muestra como un mero género musical ni tampoco como un agente de cambio (un amigo decía que el reggaetón es producto de la escuela cubana: ¿de dónde si no salen sus principales cultores?). El reggaetón en la Cuba de hoy es una ideología, que tiene un aparato promotor (las megaempresas de espectáculo) y que **consolida** lo ya conquistado para las prácticas (que se expresan en conductas y valores) en tanto ideología legítima. Basta con recordar que la prácticamente singular ocasión en que el reggaetón fue usado para “transmitir” valores “positivos” (el videoclip “Creo”, del cantante Baby Lores, dedicado a promover la fidelidad a la figura histórica del Comandante en Jefe) ha nacido a la luz una pieza que, más allá del culto a la personalidad del líder, establece una pauta de comportamiento basada en el uso de la fuerza bruta, en despreciar las ideas diversas, el pensamiento en general (“la vedad no se ensaya”)... A pesar de los elogios, entre ellos el del competente crítico Rufo Caballero, ya difunto, la pieza de Lores constituye una muestra de inconsistencia para las miradas que (como la de Rufo) provengan desde fuera de la cultura del reggaetón y del círculo de íntimos de Lores: la portada del CD que la contiene está perimetrada por la cuádruple consigna “La máquina de hacer dinero”. Porque para Lores y seguidores no hay contradicción entre ese *slogan* y que el cantor de “Creo” aparezca en la misma portada con una boina que lleva la imagen del Che: el propio sentido lógico de

“verdad” ha sido suprimido<sup>2</sup>, todo se permite bajo un concepto de inclusividad que no contravenga la íntima estructura de sociabilidades que expresa y anima el reggaetón.

Y es esta una estructura de sociabilidades con base en el individualismo, el consumo enfocado al goce desenfrenadamente materialista, la conversión de la mujer en efímero objeto sexual, la apología del poder del dinero, la hipercompetencia, la supresión de las solidaridades más allá de la conveniencia recíproca y la supresión de toda creación estética, de todo trabajo, de todo ejercicio intelectual o simplemente de pensamiento más allá del interés concentrado en “resolver”, para después pasar al disfrute de la gozadera. Una estructura que es también una espiritualidad, y ahora digámoslo sin ambages: el reggaetón es una cultura que expresa, y es animada, por una espiritualidad descarnadamente capitalista. Y globalizada, se podría añadir (¿necesita demostración esta tesis?).

Volviendo al representativo y musicalmente excelente tema “Cerro Cerra”<sup>o</sup>, donde Insurrekto logra una estética que conduce simultáneamente a la apología y a la crítica del *status quo* que de cierto modo reconstruye el concepto de barrio humilde habanero, notemos la fuerza de la propia noción de “cierre”. Es como la idea de que pueden haber en la ciudad territorios “*No go*” (frase que en inglés significa tolerancia cero para “intrusos” de otros territorios). La propagación de esa forma de asumir la territorialidad identitaria la podemos observar en los *graffitis* que los piquetes de jóvenes dejan en las guaguas y las paredes o muros de la ciudad. Los nombres de los muchachos vienen frecuentemente ligados al barrio -“Yordan el de Jesus María”-, y muchas veces aparece también la palabra “Cerrao”.

Más allá de la apetecible apertura cantada por ese tremendamente diverso y nómada proyecto que fue Habana Abierta, lo que más se percibe en la estética musical y callejera de hoy es la apología de algo muy parecido a las pandillas juveniles. Recordemos a los *liuberá* rusos y preguntémosles: ¿puede nuestra sociedad enfrentar lo que significaría la aparición de fenómenos como estos en nuestras grandes ciudades? Porque muchas veces pienso que ya el diseño ideo-estético está allí... sólo falta que se acaben de conformar verdaderas pandillas, más ahora, que los preuniversitarios son todos “de la calle”... Veo espectros de las temibles maras centroamericanas (que incluso exportan sus prácticas a EE.UU.) o de las *gangs* asociadas a escuelas urbanas de Londres (que fueron quienes provocaron los recientes disturbios) o movidas de *fans* futboleros en Europa y la misma Rusia (que son fermento nutricio de las expresiones juveniles más autoritarias, violentas y xenófobas. ¿A alguien le suena la palabra “palestino”?...). Se puede pensar que exagero, pero vivimos en una sociedad que cambia aceleradamente, y es el tejido social mismo lo que está en problemas.

## El enigma del mundo de vida popular

Un sacerdote salesiano español, psicólogo de profesión, que vive y oficia en un barrio de Caracas –el profesor Alejandro Moreno- ha elaborado la tremendamente interesante noción analítica de “mundo de vida popular”. Según el padre Moreno, la *convivialidad* cotidiana que caracteriza a los barrios humildes latinoamericanos no es reductible en sus lógicas a las nociones racionalizadas e individualistas que animaron el devenir de la modernidad en lo que ahora es el Primer Mundo. Siendo un investigador que convive con la comunidad a la que estudia, Alejandro Moreno ha propuesto un enfoque relacional que también rescata mucho de la escolástica católico-romana medieval (Tomás de Aquino) y de las enseñanzas de filósofos religiosos judíos como Martin Buber; no es un vínculo casual: el mismo padre Moreno apunta la incidencia epistémica de la comunalidad del Medioevo europeo y de los modos de organización del judaísmo popular askenazi (respectivamente) en esos enfoques teóricos. Es decir, existe (según Moreno) un “parecido de familia” entre cómo se convive hoy en los barrios humildes de Nuestra América y en entornos similares durante la Edad Media europea, así como en las periferias de las sociedades de Europa Oriental hasta no hace mucho.

En sus estudios, el padre Moreno tuvo que chocar con la problemática de la violencia y la criminalidad en el entorno barrial; incluso, realizó varias excelentes historias de vidas de personas que han delinquido y cometido actos violentos. Las tramas vitales de las pandillas caraqueñas para nada son un tema ajeno a este investigador, quien apunta cómo la implantación forzada de lógicas individualistas en los procesos modernizadores del siglo XX ha contribuido decisivamente a la erosión y distorsión de los lazos de convivialidad barrial y la emergencia de procesos violentos. Y es que para Moreno las lógicas del mundo de vida popular y de la modernidad son radicalmente distintas, aunque no necesariamente incompatibles. Pero este autor apunta con tono muy radical que es en la vida, según las lógicas populares de afecto y solidaridad, donde ve el potencial de liberación para los países de Nuestra América.

Los pensadores modernos –Marx y Engels inclusive- han sido generalmente poco cordiales<sup>3</sup> o bien –en el mejor de los casos- miraban con visos de fatalidad el destino de las sociabilidades anteriores a la modernidad. *El Manifiesto Comunista* no deja de hacer un canto laudatorio al capitalismo por haber logrado rápidamente que se esfumaran las relaciones inter-personales “feudales”, las cuales la mayoría de estos teóricos veían como algo atrasado o –nuevamente, en el mejor de los casos- mero pasto para nostalgias románticas. En el caso de los países “no industrializados” (el llamado Tercer Mundo), los gobiernos y otros operadores sociales habrían de laborar en función de hacer desaparecer las culturas de sociabilidad tradicional. Este fue el caso de Sarmientos en América y de Stalin en la URSS, casos al mismo tiempo representativos y lamentables de los siglos XIX y XX.

Muy al contrario del positivismo clásico, del liberalismo y del marxismo, los escritores socialistas-libertarios como Mikhail Bakunin<sup>4</sup>, Piotr Kropotkin y David Graeber han enfatizado los valores de la solidaridad, la ayuda mutua y la auto-organización social “desde abajo”. Para ellos, las prácticas de lo que Moreno llama mundo de vida popular pueden ser verdaderos embriones de relaciones sociales más solidarias y libres que las construidas según las lógicas individualistas y autoritarias modernas. Las relaciones comunitarias desechadas por el capitalismo norteamericano vendrían así a suplir las sociedades respectivas con un principio operacional que la modernidad en un momento puso en sus banderas, pero después ignoró sistemáticamente: **la fraternidad**. Es el “principio olvidado” cuya centralidad reivindica en sus investigaciones el profesor A.M. Baggio.

Retornando a tierras patrias, el historiador holguinero José Abreu Cardet estima que en la Guerra de 1868-1878 las relaciones humanas basadas en afectividades muy parecidas a las que (todavía) apreciamos en los barrios habaneros fueron un elemento clave para la sobrevivencia y desarrollo de la capacidad combativa de los mambises. Es interesante: similarmente a los casos estudiados por el padre Moreno, Abreu Cardet aprecia una dualidad de lógicas de relaciones humanas en la manigua mambisa –las basadas en el espíritu fraternal del afecto y ayuda mutua (en medio de un cambio drástico que incluso suprimía radicalmente los vínculos de propiedad entre los ex-esclavos y sus antiguos propietarios), y las que tenían por fundamento nociones formales de tipo jurídico moderno, con el ánimo de establecer una República con sus respectivos procedimientos democráticos.

Quizás fue Joel James Figarola, probablemente el mayor de los antropólogos socio-culturales cubanos después de don Fernando Ortiz, quien con más atrevimiento definió la significación humana de la matriz cultural tradicional: según James, es el lugar donde radica la soberanía nacional. Por su parte, el poeta y ensayista del Cerro, Víctor Fowler Calzada, en tiempos recientes ha reivindicado el tema desde sus vivencias y reflexiones, en una serie de escritos y ponencias, algunos de ellos publicados en *Espacio Laical*.

El verdadero enigma del mundo de vida popular es su carácter dual, ambivalente: ¿cuáles son las vivencias y praxis que prevalecen en su seno –las solidarias y cordiales, de reconocimiento mutuo como personas potencialmente amistosas, “socios”, llegando al noble extremo de llamarnos entre todos “familia” o “hermanos”– o las de la indisciplinada y arbitraria imposición de insorteables conductas propias sobre el fuero ajeno, que lindan en el autoritarismo y el irrespeto más rapaz imaginable? La misma ambivalencia la encontramos en la palabra “sociolismo”, tan habitual en los años 70 y 80 y significativamente casi desaparecida hoy del lenguaje. Por un lado, siempre es cómodo sentirse en familia, entre hermanos o entre socios; por el otro, los lazos “naturales” o naturalizados que tal entorno impone fácilmente se tornan un yugo, al impedir cualquier exigencia si se incumple alguna obligación “formal” –o, llevando la tesis extremo, sencilla-

mente legitiman el más desafortunado asalto a los derechos o intereses de "terceros", entre los cuales las más de las veces el primer afectado es el Estado en sus diversas manifestaciones, ese teórico rostro legal de la colectividad toda<sup>5</sup>.

Son dos caras de una misma moneda: la disolución de cualquier formalismo legalista frente a normas de comportamiento que la propia comunidad popular consiente y avala, por fuera, contra y más allá de las normas escritas, cuidadosamente elaboradas por las autoridades públicas... muy en coherencia con aquel viejo precepto identitario de la cultura jurídica criolla: **la ley se acata, pero no se cumple**.

Se trata de normas no escritas, extralegales o incluso contra-legales, pero que están basadas en la confianza y no dejan de tener visos de garantía de una cierta previsibilidad de los acontecimientos que ocurren con las personas. Según más de un estudio sociológico, la mayoría de los cubanos valoramos la familia por encima de todo lo demás, y en coherencia con ello nos comportamos, aún más allá de lo que es familia en sentido estricto. ¿No se trata acaso de eso cuya ausencia los cubanos enseguida nos percatamos cuando viajamos al exterior? Carlos Acosta, el gran bailarín cubano del *Royal Ballet*, declaró en entrevista a un diario londinense que lo que más extraña de la vida en Cuba es poder tocarle la puerta a la vecina para sentarse en su casa a compartir una taza de café. Tiene mucha razón: las sociedades del Primer Mundo se rigen por formalidades cuyo imperio desplaza al ámbito estrictamente privado la cordialidad informal de ese *cubeo* que tanto disfrutamos y criticamos acá en el Caribe. Nótese que no se trata de falta o no de sociabilidades o normas de conducta; son solamente **otras** sociabilidades y normas. Que pueden generar **otras** respuestas frente a políticas públicas ya probadas en el Norte.

El enigma de la ambivalencia del mundo de vida popular cubano se pone de manifiesto con excepcional nitidez en la fraternidad masculina Abakuá, de clara ancestralidad africana (carabalí, de Nigeria) pero que agrupa a hombres de todas las razas, residentes en su mayoría en los barrios humildes de La Habana, Matanzas y Cárdenas. Es imposible hablar hoy de cómo se construye "desde abajo" la sociabilidad en el "ambiente" popular sin apreciar el doble carácter del Abakuá, carácter que por una parte se asimila popularmente (sobre todo entre los más jóvenes) con la guapería y en sentido general con lo que podríamos llamar una vida al estilo *gangsteril* (afín al del hampa habanera que hace ya un siglo comenzó a estudiar Ortiz), con el machismo, la homofobia, la violencia y el desprecio por toda ley; y por la otra, con los valores de "buen hermano, buen padre, buen amigo", una ética basada más en el respeto que en la fuerza, y sobre todo una cultura de resistencia popular "desde las periferias" que tantos patriotas y creadores ha regalado a Cuba: Brindis de Salas, Miguel Failde, Ignacio Piñeiro, Chano Pozo, Jesús Orta Ruiz, Tato Quiñones, los anónimos combatientes de la manigua mambisa o aquellos cinco jóvenes negros desconocidos que intentaron rescatar de la ejecución a los estudiantes de Medicina el 27 de noviembre de 1871. Es fascinante

apreciar la interacción del mundo Abakuá con ciertos proyectos políticos.

El homenaje público anual que desde el 2006 la Cátedra Haydée Santamaría y la Cofradía de la Negritud (proyectos ambos de la Red Protagónica Observatorio Crítico) dedican a esos muchachos que, al morir a bayonetazos, compartieron sacrificio y hermandad con los estudiantes asesinados, ha sido muestra del profundo compromiso popular con nuestros ideales de emancipación. Como participante en casi todas las conmemoraciones, puedo dar fe de la masividad de esos encuentros, y de las lágrimas de viejos abakuá al oficiarse la liturgia frente al monumento que guarda el trozo del paredón donde fueron martirizados los muchachos de Medicina, de quienes al menos uno -según nos deja entrever la tradición oral- también juró para devenir un *obonekue*<sup>6</sup>.

Podemos así apreciar un patrón común en los modos en que ocurre la socialización en el ámbito de la eticidad popular, común en Cuba, en Latinoamérica y de cierto modo también en España y la remota Rusia. En este último país, que nos privilegia con un conocimiento *post festum* de las dinámicas sociales ante escenarios de reformas políticas y económicas, resulta sorprendente cómo en los *liuberá* -movimiento informal de jóvenes de ambientes proletarios que duró menos de 10 años- se encuentran rasgos éticos ambivalentes, tan parecidos a los mostrados por los abakuá cubanos. Y el problema es, ciertamente, el futuro de esas sociabilidades en Cuba.

¿Qué es entonces más perdurable -la guapería o el patriotismo?

### ¿Crisis de valores o crisis de sentido?

"Aquella virtud pública que entre los antiguos se denominaba patriotismo se deriva de un fuerte sentimiento de nuestro interés propio en la preservación y prosperidad del ordenamiento libre del que somos miembros", sentenció Sir Edward Gibbon<sup>7</sup>, historiador liberal inglés del siglo XVIII, y la cita es de su libro *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Si falla el franco compromiso con la preservación del orden libre en la Patria, el mando pasa a quienes pelean por dinero (los mercenarios), como efectivamente sucedió en Roma: tal es la enseñanza principal de esa monumental obra. En el Seminario habanero, con o sin influencia de Gibbon, el padre Félix Varela<sup>8</sup> explicaba en 1818: "Al amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido, y el interés que toma en su prosperidad, le llamamos patriotismo". La dimensión sensible y afectiva<sup>9</sup> del amor, así, tomaba su lugar al lado del racionalista interés, no obstante sin desplazarlo. ¿Cómo podemos preservar e incrementar el patriotismo en nuestra Casa Cuba? Glosando ambas definiciones, habrá que primero partir del amor, del cual hacia la Patria ya hay suficientes pruebas, dentro y fuera de ella; pero además habremos de suscitar en nuestra tierra un **ordenamiento libre**, cuyo cuidado y encaminamiento hacia más prosperidad sea **interés** de todos los cubanos...

Se trata de una sinergia, donde la virtud se encamina, animada al mismo tiempo por el amor y la conciencia del interés en ello, hacia el disfrute pleno de un orden social con libertad.

Gibbon y Varela hablan implícitamente de **sentido** –es justamente la sinergia mencionada. ¡Cuánta complejidad en los términos de Gibbon y de Varela, cuánta claridad, tan tajantemente diversa de las manoseadas reiteraciones en torno a la “crisis de los valores”! Apreciar el mundo desde la categoría de **sentido** es emanciparse de su fragmentación, pues significa construir y desandar puentes entre las estructuras de la sociedad y el mundo íntimo de quienes las habitan (ya que el sentido también **se siente**). Emancipación que promueve la eficacia - la mirada del observador adquiere filo crítico y habilidad propiciatoria para el cambio: “lo actual no es lo presente, lo actual es lo actuante”.

Y acá nos acercamos directamente a nuestro propósito crítico central, a la tesis que deseo argumentar en este ensayo. Es la crítica de ignorancia del sentido: crítica de aquella (fragmentadora) visión individualista y estatista que concibe al Estado y/o la ética (los “valores”) y/o hasta la cultura toda, como un aditamento que se le pone a un sistema económico visto como valorativamente neutral... Porque sabemos que los sistemas económicos no son así, ya que estructuran la mente humana y por supuesto también la ética, a partir de principios (supuestos antropológicos) bien determinados, aunque éstos no se enuncien explícitamente. Y, por otra parte, como ha enfatizado el propio Marx en su crítica a Hegel, es utópico imaginar un Estado ‘puro’, una ética ‘pura’, una cultura ‘pura’, independientes del sistema económico – máxime que la economía es el sostén del propio estado, de la ética, de la cultura. Y ello obviamente incluye todas las normas que no son legisladas “desde arriba”<sup>10</sup>.

Así, captar el patriotismo como sentido -el amor al país y al ordenamiento libre- nos trae a la institucionalidad patria (no necesariamente estatal<sup>11</sup>): la organización que han de adoptar nuestros entornos sociales en aras de la coordinación de los intereses (y agendas políticas) personales para el logro de los propósitos compartidos “con todos y para el bien de todos”. Y de ahí vamos a las normas (no sólo las estatales o legisladas “desde arriba”; a estas alturas debe estar claro que considerar sólo las normas formales del derecho no ayuda en el análisis de la situación real de una sociedad, de sus “factores reales de poder”). Según el sociólogo jurídico argentino Enrique del Percio, “...la vigencia de la norma depende de múltiples factores de índole prioritariamente cultural, política y económica...”, y, junto con ese autor, haremos un breve excursu al tema de los impuestos, tan vinculado a la cuestión de cómo se comparten los recursos disponibles en una sociedad<sup>12</sup>.

Del Percio considera el derecho tributario como “una cuestión fundamental para la marcha del Estado” y una suerte de piedra de toque para abordar la diversidad de las normatividades y culturas cívicas, en distintas comunidades

humanas; a cuyo propósito en su libro *Política o destino* nos regala este fascinante testimonio:

“... Estaba dando clases en la Universidad Técnica de Dresden y una noche, con varios grados bajo cero, había ido a cenar con Joachim Born, un reputado profesor de aquella institución. Al término de la velada sobrevino la típica discusión en torno a quién pagaría la cuenta. Mi colega alemán argumentó que convenía que pagase él, pues el fisco le retenía todos los meses el 40 por ciento de sus ingresos, pero a fin de año le reintegraría un porcentaje similar por las erogaciones que tuviese en razón de su trabajo. Así, al presentar facturas por la suscripción a una revista científica, por la compra de un libro o de una computadora, por haber asistido a un curso o, como en este caso, por haber ido a cenar con otro docente para conversar sobre asuntos relativos a su labor, a fin de año el fisco le acreditaría en su cuenta bancaria hasta un cuarenta por ciento de esos gastos. Con pura lógica latinoamericana, le pregunté cómo sabía el fisco que la factura del restaurante atestiguaba que había ido a comer conmigo y no con su mujer. Joachim me miró extrañado y, sin comprender el sentido de mi pregunta, me contestó: “¡Porque si hubiera venido a comer con mi mujer no le presentaría la factura al fisco!”. Hice entonces un comentario autoflagelatorio bastante obvio acerca de los problemas que acarrea a nuestras sociedades el ser tan poco afectos a cumplir estrictamente con la ley, pero inmediatamente él me hizo notar que en cuestiones sociales nada es tan blanco ni tan negro: se limitó a recordarme que hacía poco más de medio siglo en Alemania la ley indicó que había que exterminar a los judíos y la mayoría actuó conforme lo normado... Dejando estas últimas consideraciones aparte, es seguro que el lector recordará alguna anécdota similar teniendo por protagonista a otro alemán, a un inglés, a un sueco o a un francés; seguramente también habrá escuchado a algún norteamericano exclamar: ¡yo pago mis impuestos! a la hora de defender sus derechos. Pero posiblemente no recuerde una anécdota similar protagonizada por un andaluz, un ecuatoriano, un panameño, un napolitano o un argentino. Más aún: en este último caso es más que probable que recuerde algún relato acerca de la inteligencia aplicada en eludir, cuando no lisa y llanamente en evadir algún impuesto, contado con orgullo por el propio infractor.”

Y, a continuación el profesor Del Percio acota cómo en sus andanzas académicas de sociólogo jurídico quedó sorprendido por la virtual ausencia de investigaciones relativas “a las diferentes conductas tributarias por parte de los distintos pueblos”, así como por el hecho –compartido por él con sus estudiantes de posgrado, “muchos de ellos funcionarios del gobierno o del poder judicial o asesores de legisladores”- de “que los tributaristas de las naciones andinas a la hora de efectuar recomendaciones no suelen abordar la situación sociocultural de la problemática impositiva sino que tienden a tomar como modelos los sistemas tributarios europeos”. El tema de las motivaciones sociales (sentido, diríamos nosotros) de las conductas de pagar (o no) los impuestos

\* CASA CUBA \* CASA CUBA \* \* \* CASA CUBA \* CA  
ningún clásico “lo trabaja a fondo y los sociólogos contemporáneos ni lo mencionan”. Las versiones existentes de “lo que podríamos llamar la “Sociología de las Finanzas Públicas”... adolecen de un marcado eurocentrismo. En efecto, se advierte siempre... una concepción antropológica subyacente conforme a la cual el ser humano se identifica con el sujeto europeo moderno (obviamente se incluye en este concepto a los norteamericanos blancos), y sus criterios de acción están regidos por la misma lógica inherente a los criterios occidentales de racionalidad. No niegan la existencia de idiosincrasias distintas, pero, en última instancia, piensan que eso obedece a que hay pueblos que “todavía” no han llegado al nivel de desarrollo o de progreso propio de los pueblos europeos. Por eso, sus enseñanzas son parcialmente válidas en tanto se refieren a lo que tiene de universal la condición humana, pero en cambio no nos sirven para dar cuenta de lo que cada pueblo tiene de particular y específico”. Es decir, son de utilidad limitada o nula cuando se trata un problema real y concreto<sup>13</sup>, como por ejemplo la construcción de nuestra Casa Cuba.

cuantos en ellos ponen su confianza”.  
Salmo 135 (134)

“En la liberación de los seres humanos de los ídolos consiste el progresivo incivilimento del ser humano... Entre los ídolos del hombre de hoy uno de los más persistentes y malignos es el Estado”.  
Norberto Bobbio

Respecto a este planteo del investigador argentino, me viene a la mente la respuesta televisada “en vivo” de nuestra Ministra de Finanzas y Precios a la pregunta de un periodista acerca de la existencia o no de la cultura tributaria en Cuba. La alta funcionaria comentó: “cada vez que me encuentro con Ministros de Hacienda de otros Estados, ellos me dicen de que en sus países tampoco hay cultura tributaria...”.

Es obvio que resulta difícil obligar o persuadir a alguien para que pague al fisco (en Cuba la situación se complica más por la virtual invisibilidad de los impuestos para la mayoría de la ciudadanía desde la década del 60); esa intromisión del Estado en la vida de la gente ha generado actitudes variadas tanto entre los colegas del evangelista Mateo como en los de Robin Hood. La mayor parte de los Estados actuales (y en eso se basa la “cultura tributaria”) practican una suerte de “pacto social” donde el contribuyente paga, pero el Estado se compromete a operar de acuerdo con lo que decidan las mayorías, y respetando los derechos constitucionales de las minorías (todo el aparato de las finanzas públicas y las decisiones presupuestales es para eso). Por ello, en el ámbito tributario de los Estados “sociales” convergen “oficialmente” la solidaridad material con el que tiene menos y la imposición de la voluntad por un gobierno: un patrón obligatorio de solidaridad respaldado por reglas democráticas. ¿Es viable tal “pacto” en Cuba?

Si partimos del patrón de pensamiento acostumbrado, sí. El problema radicaría en lograr una “mayor cultura tributaria”, incrementar la disciplina, la honestidad de los contribuyentes y los funcionarios, la transparencia del sistema en su conjunto. Pero viendo la situación a las claras, ¿hay acaso confianza en los funcionarios que controlan los impuestos, y sobre todo en el uso que a posteriori se le da al dinero recaudado?

Dada la existencia de la mentira endémica y de la ya consuetudinaria incurrencia en ilegalidades<sup>14</sup> (para nadie es secreto que gran parte de la funcionalidad de la economía doméstica de las familias cubanas y ciertamente una enorme fracción del sector “formal” se logra por fuera de las leyes “oficiales” – piénsese en cómo se “resuelve” la leche para un hijo adolescente o alguna pieza para un ómnibus estatal que no es posible proveerse “según lo establecido”), gran parte de los recursos e influencias se mueven a través de una densa madeja de relaciones que forma parte del mundo de vida popular. Y los modos tradicionales de decisión **todavía** –a pesar de las crecientes exigencias en sentido contrario- no involucran a la “población”, pero sí a los cuadros

De lo que el profesor Del Percio concluye:

“que esta situación es atribuible a que los países centrales han ido gestando su estructura tributaria a partir de la percepción directa del tipo de subjetividades que conforman su ciudadanía, sin necesidad de teorizar al respecto, y nosotros por lo general nos limitamos a estudiar aquella producción teórica y -en el mejor de los casos- tratamos de adaptarla a nuestra realidad con escasa fortuna. Los latinoamericanos y los europeos somos distintos. Ni mejores ni peores: distintos. Por eso, Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, decía que si los americanos no inventamos, moriremos. No podemos copiar acríticamente las instituciones de otros países por el sólo hecho de que allí funcionen. Tampoco se trata de hacer tabla rasa y de ignorar lo experimentado y lo pensado en otras latitudes. Se trata, en cambio, de tener una actitud madura y responsable derivada de saber reconocer cuáles son los factores determinantes en la constitución de subjetividades diversas para actuar en consecuencia. En efecto, lo que en otros lugares se da por sentado –y por tanto no vale la pena perder tiempo en analizar con detenimiento- en nuestras playas requiere de un análisis particular en razón de nuestra especificidad como sociedad.”

Y por mi parte, quisiera resumir todo en una sola frase: para tener sentido, la ley debe darle la cara a la comunidad.

### El rostro social / humano de las reformas: ¿“cultura tributaria” vs. “el amor como estrategia política”?

“Los ídolos de las naciones, plata y oro,  
obra de manos de hombre  
tienen boca y no hablan,  
tienen ojos y no ven;  
tienen oídos y no oyen,  
ni un soplo siquiera hay en su boca.  
Como ellos serán los que los hacen,

Y otros funcionarios de diversos niveles. O sea, existe una alta probabilidad de que un flamante cuentapropista prefiera entrar en relaciones de "a socios" con los funcionarios que lo controlan, así como recurrir a "socios" de otro tipo para satisfacer sus necesidades que el Estado no le "resuelve". Así, gran parte de los recursos que deberían ir al presupuesto se canalizarían por vías informales, y por otra parte se establecería un círculo vicioso que reproduciría hasta el infinito tales relaciones.

Claro, resonarán voces de que se trata de una situación absolutamente anormal, problema de malas gestiones, o de un sistema económico ineficiente, o de una economía equivocada, o de un mal "endémico" de nosotros los cubanos como etnia. Este sano inconformismo es de saludar, pero, pregunto, ¿qué es lo que se puede hacer?

Lo que sí resulta utópico es imaginar la posibilidad de que de repente emerja un Estado 'puro', independiente de las realidades existentes, entre las cuales, como ya dije, el sistema económico –el "realmente existente", es el sostén de todo el sistema, pero a su vez logra funcionar gracias a una serie de reglas (calificadas a veces de manera quizás demasiado estrecha como "cultura") que la gente ha interiorizado en su diario vivir.

Y en particular, la gente misma y los funcionarios – ¿serán acaso otros? O bien, ¿cambiarían de la noche a la mañana? ¿Hay algún indicio para pensar que una vez "transformado", "renovado" o "actualizado" el nuevo modelo será más creíble que el actual? ¿Qué procesos ocurrirían durante tal actualización, y cómo controlarlos? Quizás se pueda recurrir a un nuevo discurso político, o nuevas medidas políticas (¿de qué tipo? – de eso hablaremos al final de este ensayo) y económicas que redundarían directamente en el bienestar de la ciudadanía. Pero tal discurso y tales medidas no tendrían efectos instantáneos, y se puede sugerir que la mayor parte de los problemas sociales a largo plazo se generan precisamente como consecuencias imprevistas durante los estados intermedios en los procesos de cambios sociales: no se llega instantáneamente al fin apetecido, el camino es duro, y las consecuencias de desandararlo muchas veces, nefastas. ¿Cómo se concretarían los cambios a nivel de la realidad 'real', cotidiana, de cada persona, en su terruño o entre edificios habaneros muchas veces convertidos en escombros o en las montañas donde a veces falta lo más elemental y no hay cómo conseguirlo?...

El sólo tema tributario (hay muchos otros) visto en su contradicción (solidaridad vs. imposición) esencial y en todas las contradicciones prácticas / vivenciales asociadas a él dentro de nuestra cotidianidad, es lo suficientemente complejo y esclarecedor para darnos cuenta de que para llegar a cualquier estado apetecible desde el actual hay que transitar una serie de pasos, junto con el mismo pueblo que habita la Isla hoy, y la nueva institucionalidad –y sobre todo el nuevo funcionariado que la sostendría (así como los nuevos trabajadores, los nuevos contribuyentes, la nueva ciudadanía en general)- no es posible que se materialicen entre nosotros de

la nada, como un dios antiguo bajado al escenario por una máquina (*deus ex machina*).

Esta consideración es importante para lograr apreciar críticamente la visión más aceptada de Cuba a mediano plazo, donde se prevé al mismo tiempo reducir la plantilla del Estado y sus instituciones y promover determinadas formas de microempresas que incluyen la posibilidad de usar fuerza de trabajo asalariada (en la gastronomía cuentapropista, por ejemplo, se ha optado por hacer obligatoria la contratación de asalariados, descartando otras formas más horizontales de organización productiva, como las cooperativas). Mientras en la televisión se celebra cómo campesinos usufructuarios logran éxitos rotundos junto a sus jornaleros, quienes "trabajan bien porque se les paga bien", es menester recordar que las relaciones salariales siempre se construyen como jerárquicas y autoritarias, donde un lado de la relación está mucho más empoderado que el otro (el cual, a su vez, resulta generalmente excluido de las decisiones en torno a las condiciones del trabajo y la gestión del negocio en general).

Tal situación se complica en el plano político porque, como bien señala la activista Yasmín Silvia Portales: "Nuestros diseños institucionales *tienen* que agruparte en alguna dependencia del Estado o atomizar al extremo, porque en la lógica oficial solo hay una identidad: la nacional. Entonces, sin transformar el modelo que rige la política de asociaciones cubana, no podría [...] lograrse] que se admita que las personas no solo se vinculan por razones profesionales, espirituales o políticas, sino también porque les une ser víctimas de la discriminación y que eso es una razón para encontrarse, un método legítimo para emanciparse."<sup>15</sup> Así, el estatismo y el liberalismo, ambos, "en su estado puro" son visiones que aprecian como separadas la economía y las realidades asociativas "espontáneas", llevando a ignorarlas o desestimarlas, espoleando la atomización social.

Ante las reflexiones de notables economistas, el debate parece girar hacia la idea de que Cuba requiere una economía mixta con fuerte presencia del sector privado (probablemente reforzado con inversiones de cubanos que hoy viven fuera del país). Una variante más "dura" parece ser la promoción del clásico proyecto de "Estado democrático de derecho" con una "economía social de mercado" que evite los excesos autoritarios y plutocráticos, garantizando la paz, el consenso y en definitiva una casa común para todos los cubanos. Los promotores de estos proyectos, que se presentan como realistas, se muestran escépticos ante otras variantes, como las basadas en la autogestión de los medios de producción por los trabajadores mismos, la creación de empresas cooperativas, y la clara conciencia de que la empresa privada aún en su forma más incipiente, aún cuando resuelva una serie de problemas, también genera otros, entre los cuales el más persistente es la enajenación del productor directo y la activación de fuerzas virtualmente incontrolables; hay que decir que, simétricamente, resulta obvio que la tradicional economía estatal centralizada no es menos problemática.



Hay quien propone la economía capitalista como única posible y necesaria para la Cuba del futuro, a partir de nociones de teoría de complejidad, eficiencia, dialogo y diversidad, libertad, derechos de minorías, etc. Para ellos, libertad es sinónimo de capitalismo, tesis con base en la consabida representación de que "cada persona" (entiéndase, el individuo humano, tal y como nos ve el liberalismo) puede tener un negocio si posee suficiente talento e iniciativa. Muchas veces se olvidan de que –amén el poder de las oligarquías plutocráticas en **cualquier** parte del mundo- el capitalismo actual no es como fue el del XIX, sino mucho más impersonal, ya que para las empresas por acciones la matemática, calculable y "objetiva" noción de ganancia se torna mucho más poderosa que la voluntad de cualquier empresario individual, volviéndose la persona del propio capitalista mucho menos importante. El sistema global es regido por flujos del capital, apareciendo el capital mismo como un sujeto autónomo globalizado... Y la globalización suele ser promovida como algo inevitable.

Este proyecto de "economía de mercado solidaria", dotada de "una balanceada regulación estatal, junto a programas de justicia y solidaridad social" lo resume un comentarista en estas breves palabras: "La base de esa estructura económica es la propiedad privada, la existencia de un empresariado con conciencia social, la inversión extranjera en capital mixto con empresas privadas cubanas, el desarrollo industrial y urbano de las provincias, la descentralización del gobierno, una excelente educación de las nuevas generaciones, la disciplina social y la consciente obediencia a la ley y el orden de todos los ciudadanos y su clase política. Eso abrirá el gran futuro de nuestro país. Todo eso es absolutamente alcanzable y no es una utopía sin fundamento." ¿Será cierto?

No deseo ser aguafiestas. Pero me parece que estos proyectos (el de la "actualización del modelo" **en su versión actual** y el de la transición al capitalismo) presentan dos problemas. Uno de fondo: conciben la espiritualidad como aditamento externo que se le pone a una economía, la cual opera exclusivamente por vía del interés individual y la imposición autoritaria estatal. Ahí nos arriesgamos a que nos llamen utópicos a nosotros, pero al pronunciarlo cristiano y revolucionario prefiero serlo completo y no a medias, un hombre con fe en las personas como imagen de Dios, en el mejoramiento humano por vía de la comunión protagónica y en las posibilidades del cambio radical de la sociedad hacia un estado apetecible más solidario, "contra las dominaciones y potestades de este mundo"... El otro problema es de índole práctica y cultural (aunque, por vocación de realista, percibo que en el fondo resulta consustancial con el problema anterior - la esencia del ser humano es la capacidad de relacionamiento social con los demás...) y deriva de toda nuestra reflexión anterior.

Imponer una normatividad social a través del poder de la autoridad estatal resulta poco eficaz, como lo prueba la reciente historia de Cuba. Pero no sólo de ella: en 2010 todo el mundo se quedó sorprendido cuando en una nación tra-

dicionalmente considerada respetuosa de la ley y todo un paradigma de eticidad pública, virtudes domésticas y bajos niveles de corrupción –me refiero a Japón- ocurrió un escándalo debido al "destape" de miles de casos de fraudes de pensiones, cuando la jubilación de ancianos ya fallecidos seguía siendo cobrada por sus familias durante décadas (se dice que las falsas estadísticas incluso llegaron a afectar el cuadro demográfico japonés). Y ni hablar de culturas más cercanas: las "maras" centroamericanas y la guerra contra el crimen violento y la corrupción en México son noticia cotidiana.

Cuando el Estado se repliega, la "autogestión" adopta formas informales, semiclandestinas, no protagónicas, dominadas por el mercado aunque no reductibles a él: privatistas (la sociedad se atomiza al dejar de ser creíbles los lazos contruidos "desde arriba"). La gente construye sus alternativas organizativas "desde abajo", pero al operar al margen de lo formal y de la legalidad misma estos se caracterizan por la precariedad, y el carácter excluyente. El incremento del imaginario privatista sin tomar la solidaridad una adecuada expresión institucional, conduce a la violencia, y entonces el Estado devuelve el golpe con medidas represivas, generándose al mismo tiempo un consenso favorable a la imposición del orden por la fuerza, contra los grupos que se marcan como causantes de la violencia. Es la situación desagradable cuando las mayorías sociales turbadas pueden consentir un Pinochet. No en vano muchos defensores del liberalismo saludan la posibilidad de que este venga acompañado de una "mano dura". Entonces, se vuelve imposible lo de ahora: la promoción del liberalismo sin invocar represión explícita, disfrazado de libertad sin adjetivos. La apertura conduce al cierre; cada vez más espacios sociales resultan restringidos, clausurados. Comienza a ser claro que en las sociedades basadas en la propiedad privada la libertad y el orden también tienen dueño.

Nuestra Casa Cuba puede adquirir una geometría impredecible como el cubo de la película *Cube*:

(1) Aparecen / se amplían (nuevos) sectores privilegiados, interesados en mantener cómodamente sus privilegios (la comodidad incluye ignorar / apartar a quienes no los tienen). (2) Frente a lo anterior y al posible sub/desempleo endémico, necesidad de exclusión (de facto) barrial, racial, regional, clasista, de género: gentrificación. (3) Resistencia (inclusive violenta: pandillas) a esa exclusión, y necesidad de naturalizarla, mantenerla, juridizarla si es preciso. (4) Corrupción de controladores y colectores de impuestos (falta de transparencia y poder mafioso vs. eficacia racional de la burocracia), con la concomitante falta de credibilidad en las decisiones públicas, ya que además nadie habla de desmontar los privilegios y de socializar las decisiones. (5) El nihilismo jurídico es un impedimento para la producción de consenso y cohesión social, y para el ataque "legal" a la violencia "desde arriba". (6) Vínculo (potencialmente violento) pandillas – negocios privados – corrupción: surgimiento de mafias locales. (7) Crisis general terminal de la credibilidad

y fragmentación del imaginario nacional. (8) Debido a lo anterior, que configura una crisis de sentido, y al aumento de la violencia “abajo”, necesidad de recurrir a la violencia “desde arriba”: tanques en las calles. Así, los privilegios plutocráticos nacidos de la acumulación no socializada de recursos son sinónimo de desigualdad rampante y exclusión de los más, generando resistencia de los grupos subalternos así como la necesidad de su clasificación (racial, cultural, territorial, regional, barrial...) y disciplinamiento (inclusi- ve el violento). Además, el escenario analizado incluye importantes efectos en las subjetividades de quienes habitan la Casa: (9) La actitud consumista generalizada desestimula las posturas sociales (agendas políticas personales) críticas, creativas y reflexivas. (10) La alienación económica es fuente de discordias, escapismo y apatía moral.

La crisis económica no solo es falta de recursos o de comida; es falta de protagonismo en la economía, falta de espacios de creatividad. En eso coincidimos con los liberales, pero ellos deben aprender a recordar que el ser humano **nunca** actúa solo. Por eso, nuestro concepto de salida de crisis es muy distinto: enfatizamos la cooperación y la socialización. Cuando se piensa en que “economía” es más que tener o no tener dinero, sino todo un gran universo de producción y de gestión donde también se producen normas éticas y las posibilidades reales de vida (o muerte) social, se llega a la idea de que la salida a la crisis ética está muy vinculada con la salida a la crisis económica. Y no solo en el sentido de “mejorar el nivel (o la calidad) de vida (o de desarrollo humano)”, sino en otro más profundo, como explica Mario Castillo:

“No olvidemos que el liberalismo clásico, el neoliberalismo (y el neoliberalismo que se está rearmando en Cuba) ha silenciado el análisis de las consecuencias psicosociales del trabajo asalariado y ha invisibilizado el hecho de que el código de gobernabilidad en estado puro –desde cualquier chinchal de zapateros asalariados hasta una industria de tecnología de punta- descansa sobre la autocracia de la administración/patrón que prescinde, siempre que puede, de la división de poderes y del sistema representativo que le es tan caro a la democracia, a lo cual los socialistas autoritarios, desde Lenin hasta el Che Guevara, no han agregado nada nuevo.”<sup>16</sup>

¿Nos mantendremos, entonces, viviendo en un universo social donde la subordinación se ve como algo inevitablemente natural, o damos el salto a una libertad responsable? ¿Adónde nos llaman los liberales y los tecnócratas? ¿Adónde nos llama la metáfora de la Casa Cuba, entendida como espacio de compartir las libertades? ¿Cómo hacer que la apertura de ciertos espacios no haga que nos frustremos ante puertas cerradas?

Entonces, ¿cuáles son las opciones espirituales con que contamos para arreglar nuestra Casa?

(I) Darle rango de “natural” a las desigualdades emergentes y a las tensiones que éstas generan. Esta proyección incluiría variantes como el fatalismo, el racismo, inferiori-

dad de unas personas respecto a otras, eurocentrismo cultural, naturalización de la pobreza: todas ellas conducen a apreciar el mundo de vida popular como un sinsentido en la era actual o, en el plano ético la actitud de “ellos tienen lo que se merecen”. Por excluyente y segregacionista, esta opción no es compatible con las estrategias políticas del amor. (II) La otra opción es “tener fe en el progreso” (variantes: “*market-leninism*” actualizado, o modelos “democrático”- (neo)liberales o de economía social de mercado/Estado democrático de derecho), con un abismo entre subjetividades (mentalidades, valores) “retardatarias” y “leyes” objetivas. Ambas opciones presumen que los académicos, planificadores y decisores saben lo que hay que hacer y los demás no. Para quienes sufren de cansancio por adoctrinamientos “colectivistas” desde la autoridad, hay entonces (a) la variante del “*deus ex machina*”, la idea de que “ellos” (el gobierno, la emigración retornante) acabarán por arreglar las cosas, o (b) concientizar que no hay otras “raíces del cambio” que nosotros mismos. Ésta conlleva a considerar (III) el protagonismo democrático del pueblo.

#### Por una Casa Cuba sin cuartos para criados: valores - sentidos del protagonismo popular

Yo quiero en juego franco  
Del pensamiento sin tasa  
Ver fabricando la casa  
Rico y pobre, negro y blanco.  
José Martí

Ver al ser humano como protagonista de la política, necesitado y capaz de amar, de cuya capacidad y necesidad la política es uno de los aspectos posibles y también necesarios, es una perspectiva que en lo esencial se opone a la que aprecia a ese mismo ser humano como átomo contable de una “población” (de habitantes, trabajadores, clientes...). Este enfoque “poblacional” es el típico de los gerenciados capitalistas y también de los sistemas de Estado que pretendieron construir el reino de los cielos en la tierra mediante “orientaciones” desde arriba y obediencia ciega abajo. El protagonismo democrático del pueblo es también una “estrategia política del amor”, que enfatiza la radicalización de la democracia y la libertad humana más allá de los límites previstos por el liberalismo y el capitalismo en general, y también a contrapelo de los modelos estatistas.

Lo que no logró el socialismo de Estado en sus diversos modelos es que las colectividades humanas decidieran por sí mismas sus estrategias públicas, lo que hizo que tuvieran que cargar el fardo de las decisiones de una *nomenklatura* por definición segregada y cada vez más aislada de las comunidades donde conviven las personas (conformando en definitiva comunidades elitistas para su propia convivencia y su auto-socialización como clase). Hablar de inclusión y solidaridad por tanto es cada vez más hablar de protagonismo personal/social, de la socialización de la toma y ejecución

de las decisiones, porque nada se puede **socializar** efectivamente si también no se **personaliza** hacia cada ser humano. En el estatismo, el Estado lo decide todo, y en el capitalismo, la democracia termina a las puertas de la fábrica. A diferencia del liberalismo y del estatismo, que segregan y atomizan, el protagonismo socializa y personaliza la gestión de la sociedad toda hacia todos sus componentes humanos. Quién toma las decisiones personal/socialmente relevantes, y quién las ejecuta, se vuelve por tanto la pregunta clave, la piedra de toque del protagonismo popular. Y acá los rasgos del mundo de vida popular (como su capacidad de solidaridad y autogestión) se tornan especialmente relevantes. A raíz de ello, creo necesario rescatar una noción esencial, que contrapongo a la de gobernabilidad. Es la vieja noción del Orden (*Ordnung* en alemán antiguo) –recordemos el “interés propio en la preservación y prosperidad del ordenamiento libre del que somos miembros”, de Gibbon. Se nos achaca a los libertarios un desprecio congénito por el orden social; ¡nada más falso! El orden que se sigue espontáneamente es el más sólido que existe. (Lo que queda de) las instituciones históricas del mundo de vida popular tienen mucho que hacer al respecto. Para reactivarlas, hace falta que las cuestiones públicas se conviertan en preocupaciones personales para la ciudadanía (familias, vecinos, trabajadores, consumidores...); el ordenamiento de la gestión de los propósitos compartidos debe construirse de modo distinto a la atomización liberal y a la jerarquía autoritaria-estatista, así como a sus variantes mixtas y *light*:

(A) Crear una red de cooperativas **de consumidores** aligeraría la carga del sistema de comercio interior y promovería un control **desde abajo** sobre la gestión comercial y la satisfacción de las necesidades básicas; (B) sustituir los impuestos a las cajas centrales del Estado por **compartos** de cuotas progresivas consensuadas, donde cada contribuyente decidiría en su declaración jurada a dónde iría su dinero, lo que convertiría el sistema tributario en verdadero instrumento de autonomía solidaria; (C) organizar participativamente los presupuestos como ya se hace en algunas ciudades de Nuestra América; (D) sustituir la organización vertical de las empresas estatales por una verdadera autogestión de trabajadores y pobladores a todos los niveles; (E) en especial, convertir las grandes cadenas turísticas, empresas que prestan servicios públicos y otras de alcance nacional, en sociedades anónimas con los municipios (o consejos populares) por accionistas (en cuotas proporcionales a sus poblaciones); (F) y que estas entidades territoriales puedan formar federaciones para resolver mancomunadamente sus problemas comunes; (G) promover una verdadera libertad de expresión, creación y autoorganización en un entorno de respeto a la diversidad cultural del pueblo cubano – tales son sólo algunos remedios posibles contra la degradación de nuestro *ethos* social. Entender la **soberanía popular / nacional como sinónimo del ejercicio total de los derechos humanos por todos los ciudadanos sobre todo el territorio del país** será un efecto real de estos proceder y la condición para la conservación

del orden y la paz en Cuba. Insistir en la factibilidad de promover variantes de la economía y políticas solidarias (autogestión laboral, cooperativas, autoempleo, presupuestos participativos, autogobierno comunitario), no significa negar la posibilidad de que éstas operaren dentro de una economía mixta. Reconocemos que en Cuba y en el sistema-mundo actual (que es capitalista) la propiedad privada forma parte inevitable del panorama. Lo que sí me parece importante es que ésta no imponga la lógica general del sistema. Si bien puede representar dinamismo, iniciativa, espíritu empresarial y a la larga un derecho humano (epítetos que igualmente valen para las otras formas que mencionamos), ello deja de ser cierto cuando pasamos de los empresarios individuales a las grandes corporaciones.

Un argumento conservador alternativo sería que -dado el deterioro actual de la eticidad y el civismo-, la única alternativa viable a la democracia socialista/personalista (alternativa útil para los “de arriba” si ocurre una transición al capitalismo) es la gobernabilidad mediante represión. Para nosotros, tal democracia provee una salida pacífica y cordial a la crisis, pues el capitalismo inmediatamente alejaría al país de la posibilidad de un orden no-plutocrático, vía explosiones sociales y la consecuente represión, lo que llevaría a Cuba a la clásica condición de estado fallido. No podemos importar la institucionalidad de Suecia o de China, pues habría que cambiar a los pobladores de nuestro archipiélago por los nativos de esos países. Pudiera continuar mis argumentos para precisar dónde está la realidad y dónde la utopía; pero ahora prefiero citar en mi apoyo a un profesor liberal italiano del siglo XX: “Hoy sabemos que la democracia progresa no tanto en proporción a la extensión meramente cuantitativa del sufragio, como proporcionalmente a la multiplicación de las instituciones de autogobierno.”<sup>17</sup> El mismo autor escribió extensamente sobre la costumbre democrática como la verdadera base de una Constitución.

De modo que la práctica constante de las libertades, personal de cada cual y en solidaridad con los otros (el único modo de que la palabra “socialización” tenga algún sentido), es garantía del aprendizaje de las libertades mismas y de una vida ética de convivencia. Así lo han afirmado pensadores seculares desde Immanuel Kant hasta Rosa Luxemburg y Cornelius Castoriadis; así puede ser provista una estrategia política para el amor.

#### **Equidad, protagonismo, ética: sentidos para una metáfora**

Llevar la sociedad a la justicia social no es resolver de manera óptima el problema de una “justa” redistribución del bien social entre individuos privados, sino producir las posibilidades para que las personas por sí mismas se involucren **socialmente** en la creación de mejores condiciones de vida para ellas mismas, incluyendo la cobertura a sus necesidades propias, el protagonismo en la toma y ejecución de decisiones sociales, y en general en darle sentido a esa vida. Como

decía Cornelius Castoriadis, una sociedad justa es aquella donde la cuestión de su justicia se encuentra permanentemente abierta.

La metáfora de la Casa Cuba nos remite a un ideal de reconciliación. El mensaje evangélico enseña que la reconciliación consigo mismo es imposible sin la reconciliación con el prójimo. La historia de las grandes revoluciones enseña que el secuestro de la autonomía de las "masas" (uso el término a consciencia) por una anquilosante élite concentradora del poder convierte la trayectoria histórica del proceso en "crónica de una muerte anunciada". Entonces, la reconciliación de la revolución consigo misma (eso que llaman "autocrítica") es imposible sin la reconciliación de esa élite con los principios radicales que le dieron origen al proceso (bajo los cuales, obviamente, habrá que dejar de ser élite). El respeto al prójimo en los barrios y centros de labor, la convivencia dotada de sentido sólo es posible si los espacios de decisión son los mismos espacios donde anida la convivencia: quienes deciden las cosas en cada habitación y en la casa toda son quienes las habitan<sup>18</sup>.

Así, la arquitectura apetecible de nuestra Casa Cuba no admite distinciones entre cuartos para señoritos y para criados.

El espacio político (donde se toman y se ejecutan las decisiones, con la dosis legítima de cuestionamiento radical que el término "política" denota) coincide entonces con el espacio de socialización (donde la gente nace, crece, se educa y convive, en sus momentos felices y duros; donde se gestan los sentidos de la vida misma...: un punto de partida y de llegada de las andanzas personales, la idea de hogar en su significado más conmovedor). Esta es la mayor reconciliación a la que podemos esperar.

Hemos explorado la versatilidad de una bella metáfora, justo desde el punto donde converge un proceso de revolución y un proceso de reconciliación. Un punto **atractor** del espacio-tiempo social que, a partir de su propia condición, tiene el potencial de **organizar** desde el imaginario las complejas trayectorias de los procesos históricos.

Un punto del espacio-tiempo social que nos amenaza con ruinas, con re-alzar a los viejos fantasmas de la discordia civil... pero que —a causa de ese mismo estado **al borde**— nos llama al ejercicio de la esperanza. ¿Será una esperanza-tentación, como en el mito de Prometeo, o una esperanza-redención, como en las cartas de Pablo de Tarso? Depende de nosotros, los habitantes de la Gran Casa.

Una casa situada al cobijo del aleteo del lezamiano Ángel de la Jiribilla y del gran *Angelus Novus*, el trágico sensor de la Historia, con sus alas aplastadas por el viento, que divisó Walter Benjamin en aquel cuadro de Klee. Ambos están ahí, en los extremos del plano donde se divisa el nuevo diseño del hogar, como aquellos querubines que guardan el Arca de la Alianza.



Notas:

- 1- Término aportado por Yasmín Silvia Portales Machado.
- 2- Recuerdo una experiencia mía mientras enseñaba Filosofía y Sociedad en una Sede Universitaria Municipal: una muchacha universitaria me sorprendió con el siguiente *dictum*: "Bush no aplica bien el marxismo". Para ella, no había incoherencia en que Bush pudiera ser marxista, lo que no aplicaba correctamente tal doctrina.
- 3- Para Marx, la organización de los campesinos es como la "de las papas en un saco de papas".
- 4- Quien vio en el *mir*-comunidad campesina rusa- una posible base económica y ética para la revolución socialista-libertaria en ese país, pero fue al mismo tiempo capaz de criticar su carácter patriarcal y excluyente, un dato que concuerda con mi argumentación posterior.
- 5- El culturologo alemán Dietrich Schwanitz da una interesante e irónica caracterización de la despreocupación ibérica, a la cual reconoce un profundo carácter libertario, una temporalidad isocrónica y le traza genealogía en la "estilización aristocrática y masculina" (debida al desarrollo tardío del capitalismo industrial en los países mediterráneos): "la despreocupación, sobre todo por parte de los hombres, en relación con el tiempo, el sentido de puntualidad o el trabajo, esta despreocupación expresa la negativa a que el trabajo o los negocios limiten la libertad. No se está dispuesto a convertirse en esclavo de los programas del trabajo, todo lo contrario, la constante improvisación y la adaptación del trabajo pendiente a las nuevas circunstancias indica que se desea seguir mandando sobre él. ¿Qué algo no puede terminarse hoy? No pasa nada, quizá se termine mañana, para eso está el futuro. ¿Para qué está el futuro si no para aplazar todo aquello que impide gozar el presente? Lo único real es el presente, y el futuro es el trastero en el que se guarda todo lo que hoy estorba. "¿Quiere recoger su coche? Es que ayer me encontré con mi amigo Miguel y tuve que enseñarle mi finca. Su coche estará listo mañana." (Schwanitz, Dietrich. *La cultura. Todo lo que hay que saber*. Punto de lectura, Madrid, 2006, p. 684). Entre nosotros, sin embargo, el hasta hoy insuperable patrón de comparación en torno al tema lo estableció Jorge Mañach en su *Indagación del choteo. Plus ultra*, podemos recordar también con un intervalo de media centuria los polémicos ensayos (tan típicos y tan contrapuestos) de José Antonio Saco, sobre la vagancia, y de Pablo Lafargue, "El derecho a la pereza".
- 6- Miembro de la hermandad Abakú, que en 1871 ya por más de una década poseía un carácter integracionista, incluyendo en su seno tanto a negros como a blancos, mestizos y asiáticos.
- 7- Gibbon, Edward. *The Decline and Fall of the Roman Empire*. Wodsworth, Ware, 1998.
- 8- Varela, Félix. *Obras*. Tomo I. Editora Política, La Habana, 1991.
- 9- El mencionado padre Alejandro Moreno, en su condición de psicólogo, ha enfatizado el aforismo: "sólo lo afectivo es efectivo".
- 10- Antropológicamente hablando, estas tesis de origen marxista se pueden enriquecer con las interesantísimas reflexiones de Kropotkin, Malatesta, M.Weber, Durkheim, Mauss, y otros, pero acá en aras de la brevedad y la claridad prefiero no entrar en disquisiciones teóricas. En los últimos 100 años, también autores cristianos han hecho interesantes análisis (desde Mounin a Bruni).
- 11- Como afirma Marcelo "Liberato" Salinas, "más que el amor a la patria, hecho popular, hondamente sentido y no necesitado de subsidios estatales para su existencia, se ha reforzado aún más el culto al Estado que nació a partir de la instrumentalización de las conquistas populares de la revolución de 1959" (<http://observatoriocriticodesdecuba.wordpress.com/2011/08/12/respuesta-al-doctor-enrique-ubieta-de-un-anarquista-del-observatorio-critico/>).
- 12- "Como planteaba Hume en un momento que podemos considerar como fundacional de la sociedad civil moderna, dos vecinos pueden ponerse de acuerdo en pagar los gastos de desagüe de una vega común, pues del incumplimiento de uno de ellos se sigue un efecto directamente perceptible para el incumplidor. En cambio, cuando los vecinos son centenares, si alguno no cumple igual se beneficiará con el cumplimiento del resto y además se quedará con el dinero que debería haber aportado. ¿Cómo hacer entonces para que cada ciudadano tienda a pagar sus impuestos o a aceptar pacíficamente que se le sancione en caso de incumplimiento?" (Del Percio. *Política o destino. Cuestiones estratégicas en tiempos de crisis*. Bs.As. 2003).
- 13- "Esto acontece a pesar de que hubo quienes ya en el siglo XIX advirtieron los inconvenientes derivados de las diferencias culturales. Por ejemplo, nos recuerda Sainz de Bujanda lo que el periodista y poeta Carducci escribía en *La Gazzetta dell'Emilia* del 23 de septiembre de 1893: "En las nuevas provincias regia en materia tributaria, y más precisamente en los impuestos del registro, la más escrupulosa honestidad por parte de los contribuyentes. Con el cambio de régimen, los funcionarios italianos, que sustituyeron a los austriacos, han aplicado la "sistemática incertidumbre" aumentando siempre las sumas declaradas. De aquí primero se produjo el estupor por parte de los habitantes de Trento y Trieste y también, poco después el remedio: habituarse, desdichadamente, a mentir, como sus hermanos de las viejas provincias del sur." (ibidem).
- 14- En un reporte de principios de este siglo, el CIPS acreditaba que sólo el 5 por ciento de los cubanos viven con el dinero que les provee el salario; para la mentira en la sociedad cubana, leer el testimonio de Amrit "La piedad de la mentira" en el blog del Observatorio Crítico.
- 15- "No tener una agenda política personal es renunciar a tener sueños" en el blog del Observatorio Crítico.
- 16- Dossier de *Espacio Laical* sobre la esperanza.
- 17- Bobbio, Norberto. *Tra due Repubbliche*. Donzelli, Roma, 1996.
- 18- En términos sociológicos: "los espacios de decisión deben coincidir con los espacios de socialización".